

aun le dió un comandante superior interino en la persona de Fleetwood, concediendo á este, así como á sus compañeros voz y voto en los Consejos mas importantes, pero queria prorogar su disolucion hasta el año próximo y se resistió á dar una indemnizacion á los soldados por lo que habian hecho desde el golpe de Estado de Cromwell en 1653. Sobre todo insistió en que todos los nombramientos para los cargos militares que quedaran vacantes fueran aprobados por los Comunes y firmados por el presidente de la Cámara. Quiso tambien que se renovasen los despachos, haciendo que los oficiales del ejército permanente recibieran la confirmacion de sus empleos de manos del presidente, y que se siguiese la misma marcha respecto de la marina y de la milicia. Así se realizó el propósito de sustituir á los partidarios de la familia de Cromwell por oficiales adictos á la antigua «buena causa» y se procedió á una reforma fundamental de la fuerza armada. Los jefes recibieron muy mal el verse obligados á obedecer á personas que no habian llevado nunca espada y el ser nombrados por un sabio jurista. Su amor propio ofendido se fué excitando mas cada día, haciendo exclamar á Lambert: «No sé porque los miembros del Parlamento no pueden depender de nuestra voluntad de la misma manera que nosotros dependemos de la suya.»

Lambert habia desempeñado un papel muy importante durante los últimos sucesos. Notable por sus cualidades y recomendado por la oposicion que habia hecho á Oliverio Cromwell, arrojado é intrigante, habia sabido hacerse querer por igual de sus compañeros de armas y de los jefes republicanos, habiendo contribuido á la caída de Ricardo Cromwell y al restablecimiento del Parlamento mutilado. Cuando se trató de exponer los deseos del ejército, su nombre fué el primero que acudió á todos los labios, y entonces unió un nuevo servicio á los anteriores y aumentó su poder de tal manera que podia atreverse á oponerse públicamente al Parlamento.

En el verano de 1659 estalló una conspiracion realista de la que ya se habian tenido varios indicios. Los caballeros, los presbiterianos y aun varios servidores del protectorado se habian aliado para derribar al gobierno republicano, señalando como día para la sublevacion el primero de agosto. La conjuracion extendióse por todo el país: el proyecto era apoderarse de las plazas mas importantes en la costa y en el interior, contándose con el apoyo del general Monk y del almirante Montague y el auxilio de Francia y España. Carlos II se dirigió á Calais acompañado de Ormond, del conde de Bristol y de otros partidarios, para desembarcar en el momento preciso en cualquier punto de la costa inglesa, y su hermano, el duque de York, debia seguir sus pasos. Pero el gobierno estaba advertido y cuando se reunieron algunas fuerzas aisladas de los sublevados, se vieron rodeadas por la tropa y la milicia que se apoderaron de algunos de los jefes de la conjuracion antes que pudieran pensar en escaparse. El pueblo no fué á engrosar las filas de los realistas y solo en el condado de Chester tomó cierta importancia el levantamiento. Allí se habia puesto al frente de los sublevados Jorge Booth, presbiteriano importante, que era uno de los diputados excluidos del Parlamento. El conde de Derby y otras personas notables de la nobleza se habian aliado con él, reuniendo unos cinco mil hombres y apoderándose de la ciudad de Chester. Pero la ciudadela quedó en poder de los republicanos y Lambert con siete regimientos de infantería y alguna artillería, atacó á los sublevados por la espalda y les fué desalojando hasta que el día 19 de agosto los dispersó completamente haciendo muchos prisioneros. Confiscáronse los bienes de los insurgentes y se hizo imposible por entonces toda resistencia contra el gobierno.

Aun estaba Lambert en campaña cuando sus oficiales redactaron una exposicion en la que exigian se diera satisfaccion á lo pedido anteriormente por los jefes del ejército, y que Lambert, Desborough y Monk ocuparan los altos puestos al lado de Fleetwood. El Parlamento se negó resueltamente á aumentar el generalato y trasmitió su negativa á los oficiales por medio de Fleetwood. Pero con ello tampoco pudo tranquilizar el espíritu inquieto del ejército cuyo instigador era Lambert. El día 5 de octubre Desborough y algunos de sus colegas, presentaron á la Cámara una exposicion firmada por 230 oficiales. Los suplicantes aseguraban que se habian comprendido mal las intenciones de sus compañeros del cuerpo de Lambert y confirmaban sus ideas republicanas, exigiendo que se castigara á los que les calumniaban y que se respetase el derecho de peticion. Respecto de su clase suplicaban que se atendieran las necesidades del ejército y se cuidara mejor de los inválidos y parientes de los que habian fallecido, que no se pudiera separar ningun oficial ó soldado sin acuerdo del consejo de guerra ó con su consentimiento, que se estableciese un mando militar superior permanente y que se nombrara un comité exclusivamente encargado de formar las candidaturas para la admision en el ejército. El ejército permanente debia ser considerado como una corporacion de escala cerrada con sus correspondientes caudillos y con derechos en el Estado para tomar una posicion preeminente. Se estaba pues en el caso de preguntarse de nuevo cómo podrian amalgamarse tales exigencias con la autoridad de una república.

A la mayoría del Parlamento le eran insoportables. El Parlamento se consideraba como el gobierno superior del país y no queria tolerar á su lado ningun poder independiente. Vane trató de calmar los ánimos excitados, pero otros como Haselrig pidieron satisfaccion por la conducta de los oficiales, irritando mas los ánimos el que aquellos hicieran imprimir la peticion. La respuesta que se les dió era poco satisfactoria, pero mas característica fué una resolucion adoptada el 11 de octubre respecto de la fuerza armada, en la cual se hacia patente la desconfianza del gobierno, pues declaraba que todas las leyes y disposiciones adoptadas desde la dispersion del Parlamento mutilado hasta que se habia reunido de nuevo, serian nulas si no se habian revalidado, y seria crimen de alta traicion el cobrar impuestos sin acuerdo del Parlamento. Poniase así en tela de juicio la reforma del derecho que se habia llevado á cabo en los últimos seis años y á la cual tan principalmente habian contribuido los soldados, y se declaraban ilegales (y por tanto se quiso exigir su devolucion) las contribuciones que habia cobrado Cromwell como jefe del poder militar.

Ultimamente, tranquilizado el Parlamento con las seguridades que le daba Monk, tomó una resolucion extrema quitando el mando á Lambert y Desborough que habian enviado la exposicion á sus regimientos lejanos para que la firmasen y entregando la direccion superior del ejército á una comision de siete miembros del Parlamento, entre ellos Fleetwood y Haselrig.

Esto era una declaracion de guerra, y así lo comprendió el Parlamento, disponiendo que un par de regimientos, con cuya fidelidad contaba, ocuparan la misma tarde los alrededores de Westminster. A Lambert se le avisó que pensaban atacarle, pero como soldado experimentado decidióse el 13 de octubre á tomar la ofensiva. Púsose á la cabeza de su regimiento, ocupó las avenidas del Parlamento y empezó á entrar en negociaciones con la guardia de Westminster. Algunos se le reunieron, otros estaban indecisos, y los paisanos no mostraban deseo alguno de mezclarse en la lucha. Varios miembros del Parlamento que quisieron dirigirse á la

capilla de San Estéban fueron rechazados, logrando solo unos pocos entrar por la parte del Támesis. El presidente Lenthall fué detenido en su carruaje, y dijo á los soldados que él era su general superior. Los soldados le dijeron que fuese á Wellingfordhouse, donde Fleetwood le daria mas explicaciones, pero él contestó: «Si el teniente general Fleetwood tiene algo que decirme, que venga á verme.» Y retrocedió sin haber conseguido su objeto. Entre tanto reunióse el consejo de Estado, llamando á los diputados que habian podido tomar asiento, y se hizo un convenio acordando que las tropas de ambos partidos se retiraran, que cesasen las sesiones, y que los soldados velaran por la tranquilidad pública y la reunion de otro Parlamento. El coronel Sydenhan trató de justificar algunos días despues el acto de fuerza del ejército diciendo: «Las circunstancias nos han obligado.» Bradshaw, viejo y enfermo, protestó como habia protestado contra el golpe de Estado de Cromwell. «Es un acto vergonzoso; pronto como estoy á comparecer ante Dios, no puedo permitir que se abuse de su nombre.» Y en efecto, murió algunas semanas despues.

El mismo poder que habia evocado el fantasma del largo Parlamento, lo habia hecho desaparecer de nuevo, quedando vencedor Lambert, á quien sus compañeros de armas dieron el segundo lugar despues de Fleetwood, haciéndole mayor general del ejército inglés y escocés. Establecióse un comité para nombrar nuevos oficiales, en el cual se dió entrada á Henry Vane, que veia la única salvacion para la patria en una alianza con los jefes del ejército. Nombróse además un comité de salvacion pública que sustituyó al consejo de Estado, y en el que entraron los mas importantes jefes del ejército y los políticos civiles que habian estado á su lado. Whitelocke, que tantos cambios de gobierno habia presenciado, fué nombrado gran canciller. Declaróse nulo el último decreto del Parlamento y se separaron algunos coroneles de los cuales se desconfiaba. Una sub-comision del comité de salvacion pública se ocupó en el arreglo de una nueva Constitucion, y dió ocasion á exaltadas manifestaciones de los sentimientos politico-religiosos de los distintos individuos.

Pero un poder militar á cuyo frente no estaba un Cromwell no podia sostenerse por largo tiempo. Los republicanos mas decididos, como Haselrig y Scott, trabajaban para su caída, apoyándose en el derecho del Parlamento, y los realistas esperaban poder aprovechar la audacia de Lambert en beneficio de la restauracion, hablándose ya por aquel tiempo del matrimonio de la hija de Lambert con el duque de York. Sin embargo, el peligro mayor amenazó al nuevo gobierno por la parte del Norte. Monk, jefe de las tropas escocesas, no se hallaba dispuesto á someterse al nuevo régimen. Aquel hombre excepcional, competidor de Lambert hacia tiempo, empezó entonces á desempeñar el papel mas importante, y á conducir á la revolucion inglesa á su fin (1). Habia nacido en el año 1608 y era hijo de un noble campesino del condado de Devon, cuyos bienes estaban muy reducidos. Trató de probar fortuna como soldado en las expediciones de Cádiz y contra la isla de Rhé; adquirió conocimientos militares en los Países Bajos, y sirvió á Carlos I en Escocia y en Irlanda. Su familia pertenecia al partido de los caballeros, y aun Monk era realista en el fondo de su corazón. Habia luchado al principio de la guerra civil en favor de Carlos I, pero apreciaba en mas su interés que su fidelidad política, teniendo mucha influencia sobre él la perspectiva de un porvenir brillante y el dinero; así fué, que hecho prisionero en el año 1644, durante el sitio de Nantwich, y conducido primero á Hull y despues encerrado en la Torre, compró su libertad poniéndose al lado del Parlamento, el cual se apresuró á

(1) Guizot: «Monk, Chute de la république et rétablissement de la monarchie en Angleterre.» 1851.

mandarlo á Irlanda, país muy conocido por Monk. Abandonó despues la causa de la república primitiva para ponerse al lado de Cromwell, que habia conocido ya su talento durante la campaña de Escocia. Cromwell le dejó allí cuando se vió obligado á seguir á Carlos II hácia Inglaterra y encontró en él un instrumento muy útil al ser nombrado Protector. En la guerra marítima tambien tomó Monk una parte gloriosa, hasta que en 1654 regresó á Escocia. Allí residió en el castillo de Dalkeith, cerca de Edimburgo, querido del pueblo, al cual trataba con gran consideracion, y adorado de los soldados con quienes habia compartido todos los peligros.

Era un hombre silencioso, que escuchaba con paciencia á los que hablaban con él sin dar á comprender su opinion. Se sabia que era amigo del orden legal y enemigo de los anabaptistas y de los sectarios, pero no su modo de pensar sobre el porvenir político del país. Habia aceptado los avances de todos los partidos sin comprometerse con ninguno. Despues de la caída de Ricardo Cromwell decia de él: «Ricardo Cromwell abandonó su propia causa; de otro modo, yo hubiera cumplido la promesa que hice á su padre.» Los realistas habian intentado durante largo tiempo ponerse en relaciones con él, y esperaban lograrlo, á pesar de que públicamente procuraba mostrarse contrario á la causa de los Estuardos. Los individuos expulsados del Parlamento mutilado veian en él el salvador y el que debia restablecer la verdadera república. Verdaderamente, Monk se vió obligado á dejar su actitud expectante ante el acto de fuerza de Lambert y de sus compañeros. No podia sufrir que este hombre ambicioso se pusiera al frente del gobierno con ayuda de los fanáticos, y en su opinion el poder militar debia estar subordinado al civil. «Con la ayuda de Dios, escribia al presidente expulsado Lenthall, estoy decidido, como verdadero inglés, á proteger la libertad y la autoridad del Parlamento... Pongo á Dios por testigo de que el solo deseo de mi corazón es sostener la república.» Respecto de Lambert y Fleetwood, no les disimuló su descontento por lo acontecido; así fué que entraron en negociaciones con él para ponerle de su parte; pero Monk aprovechó el tiempo para hacer sus preparativos, separando de su ejército á los partidarios de Lambert y de los sectarios, reforzando las guarniciones y reuniendo los regimientos. Una Convencion de los Estados escoceses le concedió dinero para el sostenimiento de las tropas, con la promesa de que defenderia á Escocia, y preparó sus soldados para entrar en Inglaterra. Entre tanto pasó Lambert á York para tratar desde allí con su peligroso enemigo. Allí cobró impuestos no aprobados, y sus soldados se alojaron donde quisieron, atrayéndose la enemistad del pueblo, por lo que se vió en el caso de desear ardientemente arreglarse con Monk de un modo pacífico. En el mes de noviembre parecia que estaba á punto de celebrarse un convenio, cuando Monk tuvo nuevas exigencias, y trasladó su cuartel general á Berwick. Lambert pasó á Newcastle con sus fuerzas. Ambos tenian unos 7,000 hombres bajo sus banderas, pero con Lambert estaban el resto del ejército de Inglaterra, las fuerzas de Irlanda y el cuerpo inglés de Flandes. La supremacía moral estaba, sin embargo, del lado de Monk, y sin que éste hubiese combatido, empezaba ya á disolverse el poder militar. Los miembros del comité de salvacion pública estaban en desacuerdo, dejando de asistir Vane con frecuencia á las sesiones. Fleetwood y Desborough desconfiaban de Lambert, y Fairfax preparaba en el Norte una insurreccion en favor de los Estuardos. El gobernador de Portsmouth, antiguo compañero de armas de Monk, tenia la ciudad por el Parlamento, y concedió asilo á Haselrig, quien convocó allí á sus correligionarios políticos. Las tropas que debian combatirle se pasaban á sus filas; el almirante Lawson entró en el Támesis con sus buques y se declaró en

favor del Parlamento, y en las calles de Londres se reunieron los aprendices, entrando en lucha con los soldados. Cada vez tomaba mayor extensión el grito pidiendo un «Parlamento libre,» y se presentaron exposiciones en el mismo sentido al comité de salvación pública. Se formaron sociedades para combatir el cobro de contribuciones no aprobadas, y hasta los mismos soldados empezaron a murmurar, pues decían que nunca habían recibido sus pagas con tanta regularidad como en tiempos del Parlamento. Conducidos por un par de coroneles republicanos, se dirigieron a la habitación oficial del presidente Lenthall, le saludaron respetuosamente y le dijeron que querían ser fieles al Parlamento. Fleetwood reunió a sus colegas, y dando por perdidas todas las esperanzas, retiró las tropas de Westminster y mandó a Lenthall las llaves de la sala de sesiones. El día 26 de diciembre, y a la luz de las antorchas, unos cuantos miembros del Parlamento mutilado se dirigieron de Whitehall a Westminster para tomar de nuevo posesión del poder supremo. Haselrig apresuró a regresar de Portsmouth, y se puso al frente del nuevo Consejo de Estado. Inmediatamente se tomaron varias resoluciones para asegurar el gobierno, desterrando de Londres a Vane, Lambert, Desborough y otros partidarios del poder militar, prometiendo una recompensa a Monk, mandando regresar al ejército del Norte y modificando profundamente el cuerpo de oficiales.

Pareció no existir ya ningún motivo para que Monk continuara su marcha hacia Inglaterra, pues que el Parlamento mutilado está reinstalado y las tropas de Lambert se habían disuelto; pero sin esperar órdenes de Londres atravesó el primero de año de 1660 la frontera. Por donde pasaba acudía la población en masa para verle y exponerle sus deseos, así los nobles campesinos como los burgueses, los hombres del campo y gente de todos los partidos. Lo que deseaban más era que se completara el Parlamento existente ó que se convocara un nuevo Parlamento libre. El general aceptó todas las exposiciones, oyó a todas las diputaciones y limitóse en general a dar contestaciones vagas. Comió en casa de Fairfax, que acababa de levantar la bandera de Carlos II, pero al decir uno de sus oficiales: «Este Monk traerá a Carlos Estuardo,» sacó la espada contra él. Recibió con todos los honores a dos enviados del Parlamento mutilado; pero consintió que las comisiones que le saludaban declarasen que dicho Parlamento era una representación incompleta del pueblo inglés. Así llegó a St. Albans, en las cercanías de Londres, y aunque por fin el Parlamento había aprobado su marcha, estaba cuidadoso por sus intenciones. Monk exigió que antes de que entraran sus tropas, se retirase la guarnición de Londres, que hacía poco había ayudado al golpe de Estado de Fleetwood y Lambert; y aunque era exorbitante pretensión, pues si se accedía a ella el general quedaba dueño de la ciudad, el Parlamento no tuvo otro remedio, si quiso evitar una nueva catástrofe, porque ya se decía en la City que Vane y Lambert habían regresado secretamente y excitaban las tropas de la guarnición.

Concedieron, pues, lo que pedía Monk, el cual el día 3 de febrero entró en la ciudad al frente de sus veteranos, siendo recibido silenciosamente por los ciudadanos que no sabían lo que debían esperar de él. Cuando llegó donde estaba el presidente Lenthall, bajó del caballo para saludarle. Se abrazaron y cambiaron palabras afectuosas. Concedióse al general la habitación del príncipe de Gales en el palacio de Whitehall, y en el Parlamento recibió las gracias de la Cámara. Su respuesta fué la de un hombre persuadido de que está en posesión del poder, pero no quiere ponerse frente a frente del gobierno constituido; y si bien no habló del regreso de los miembros presbiterianos ni de la convocación de un

Parlamento libre, dió a conocer que deseaba se llenaran las vacantes de diputados y que tenía por necesario que se fijara un plazo para el término de aquel Parlamento. Aconsejó que no se diera participación en el gobierno a los caballeros ni a los fanáticos; pero que se exigieran raras veces juramentos políticos para aumentar el círculo de los partidarios del gobierno establecido. Nadie quedó satisfecho de sus palabras y menos que nadie los ciudadanos de Londres, que en su mayoría habían aliado el ser realista con el ser presbiteriano y odiaban tanto la caricatura de Parlamento mutilado, como la dictadura militar de Fleetwood y de Lambert. Además los burgueses no estaban representados en la asamblea de Westminster ni por un solo diputado de su elección. El municipio declaró que la City no pagaría contribución alguna hasta que estuviera representada en un Parlamento completo y libre. Pusieron cadenas en las calles, cerráronse las puertas y la ciudad se puso en estado de defensa.

Monk recibió el encargo de poner presos a cierto número de ciudadanos y reducir la ciudad a la obediencia, y el día 9 de febrero entró en la City; convirtió en su cuartel general una fonda situada cerca de Guildhall, é hizo quitar las cadenas y trasladar a la Torre a los ciudadanos que se le habían indicado. El Parlamento determinó además que se derribaran las puertas y se disolviese el municipio. El gobierno republicano triunfaba y Haselrig se regocijaba de que Monk fuera suyo en cuerpo y alma; pero precisamente en aquel mismo momento Monk hizo público que se separaba de ellos. Había sido obediente para quedar dueño de la situación, pero no quería que su triunfo redundase en favor de los radicales. Estos se agitaron de nuevo siguiendo sus antiguos procedimientos, y Barbone, de quien había tomado nombre el Parlamento de los santos, presentóse al frente de un gran número de sectarios pidiendo al Parlamento que resolviera que nadie pudiese ocupar un cargo civil ó militar sin abjurar el dominio de Carlos Estuardo ó de cualquier otro pretendiente monárquico y de la Cámara de los Lorens. Los republicanos trataron de soliviantar las tropas de Monk, y Vane y Lambert se hallaban cerca. Monk debía desear ganarse la confianza de la burguesía, cuyas tendencias políticas eran análogas a las suyas; se veía incitado por sus oficiales a indicar al Parlamento mutilado que debía obedecer, y sus soldados no habían ocultado su descontento por haber sido utilizados en la obra de destrucción de la City.

En la noche del 10 al 11 de febrero hizo redactar una carta al Parlamento, en la que decía que el ejército no solo había tomado las armas para restablecer el Parlamento, sino en favor de la libertad de la nación. Protestaba contra el apoyo dado a los sectarios y el deseo de establecer un nuevo juramento, y pedía que se publicara el edicto para llenar las vacantes parlamentarias, así como que el 6 de mayo fuese el día en que terminaran las sesiones. Su cuartel general continuó establecido en la City; y convidado a un banquete por el Lord Corregidor, excusóse en Guildhall ante el municipio de lo que había sucedido y comunicó el contenido de su escrito al Parlamento. La burguesía estaba llena de júbilo, y se dió comida y bebida a los soldados de Monk, tocando las campanas y apedreando las ventanas de la casa de Barbone. Se hicieron regocijos públicos, encendiéndose hogueras en las cuales se asaron ancas de vaca y ternera en burla del Parlamento llamado de rabadilla. El Parlamento entró en negociaciones con Monk, pero al mismo tiempo nombró una comisión de cinco miembros para la dirección de las fuerzas reunidas, y aunque no atreviéndose a excluir a Monk, puso a su lado a Haselrig y al coronel anabaptista Alured, y rechazó la proposición de que sin él no se tomara resolución alguna. Para contentarle se resolvió modificar la fórmula del

juramento político y preparar el decreto para que se verificasen las elecciones complementarias.

Pero Monk había cambiado de modo de pensar durante estas negociaciones. En la City se le había expuesto el ardiente deseo de que se llamara a los individuos que habían sido expulsados, por que presbiterianos y realistas confiaban mucho en su presencia en el Parlamento, y en cambio las nuevas elecciones, que debían verificarse con muchas restricciones, no ofrecían garantía alguna para ellos. Al decidirse obró Monk con mucha prudencia. Primeramente celebró una reunión con miembros del Parlamento mutilado y algunos de los diputados expulsados, para convencer a los primeros de que admitiesen a sus colegas, y cuando esta tentativa fracasó, hizo prometer a los expulsados que velarían por el ejército y por su mando y que trabajarían para la pronta convocación de un nuevo Parlamento. El día 21 de febrero salió con sus tropas de la City y se dirigió a Whitehall con los expulsados enviándolos desde allí a Westminster con una escolta militar. Tomaron sus antiguos asientos y solo pocos de los miembros que se hallaban presentes abandonaron la sala al entrar ellos. El Parlamento mutilado había cedido el lugar al Parlamento largo de 1648 y los miembros que habían entrado de nuevo formaban la mayoría. Volvieron estos a proseguir sus trabajos en el punto en que los habían dejado cuando su expulsión, declarando nulas las disposiciones tomadas por la minoría y nombrando a Monk capitán general y jefe superior de las fuerzas unidas de Inglaterra, Escocia é Irlanda. En el Consejo de Estado que se nombró, ocupaba asimismo Monk el primer lugar, y Fairfax, Denzil, Holles, William Waller y la mayoría de los otros miembros debían considerarse como decididos adversarios de la república. También demostraban lo que habían cambiado los tiempos la libertad que se dió a muchos presos realistas, y la prisión de Lambert en la Torre como enemigo peligroso. La City recobró sus privilegios, dando por ello una suma de 60,000 libras. En las iglesias leyóse el documento de la Liga y Covenant y separóse de los cargos públicos a los independentes. Creció de nuevo el flujo del presbiterianismo; pero los presbiterianos de 1660 como los de 1648 eran realistas y preparaban el terreno a la restauración. En folletos y poesías populares se alababa al rey; en la comida de gala que algunos gremios dieron en honor de Monk bebióse a la salud de Carlos II, y en la plaza de la bolsa de donde se había quitado en otro tiempo un monumento del rey ejecutado, borró un hombre el letrero que habían puesto en su sitio y que decía: «El tirano ha desaparecido con el último rey en el año I del restablecimiento de la libertad inglesa 1648,» y exclamó en seguida arrojando su sombrero al aire: «Dios salve al rey Carlos II.»

Los miembros presbiterianos del Parlamento no se atrevían a proponer que se llamara al rey, pues tenían aun en frente un número regular de republicanos, y por otra parte los realistas antiguos y los caballeros querían contribuir a la vuelta de Carlos. Como al mismo tiempo era peligroso el entregarse sin garantías a la restauración, se prefería que un nuevo Parlamento resolviese el asunto. De todas partes se pedía que se convocara a nuevas elecciones, y se decidió que el 25 de abril se reuniera un Parlamento completo y libre, sin los representantes de Escocia é Irlanda, y suprimiéndose el juramento que debían prestar los elegidos en favor de la «república, sin rey y sin Cámara de los Lorens.» Quedaron grandes restricciones para ser elegible; pero la calidad de electores se extendió de tal modo, que aun los que habían combatido a favor del rey, podían tomar parte en las elecciones. Al mismo tiempo se decidió que no debía oponerse reparo a que se reunieran aquellos Lorens que habían estado al lado

del Parlamento largo, con lo cual se ponía de manifiesto el fin que se trataba de alcanzar. El republicano Scott pidió que se prohibiese el envío de una embajada a Carlos Estuardo, a lo que replicó un miembro presbiteriano: «Pues yo suplico a la Cámara, que antes de nuestra separación, proclamemos que no tomamos parte ni de obra ni de pensamiento en el asesinato del rey, y que por el contrario condenamos con horror tal acto.» «Y yo, contestó Scott, a pesar de que no sé hoy dónde podré salvar mi cabeza, declaro que yo tomé parte de pensamiento y de obra, y que no deseo honor más grande que el que pueda leerse en mi tumba: Aquí descansa un hombre que tomó parte de pensamiento y de obra en la ejecución de Carlos I rey de Inglaterra.» Siguióse un gran tumulto; abandonaron el salón Scott y algunos de sus amigos, y bajo esta impresión se disolvió el Parlamento largo en 16 de marzo de 1660.

Monk dejó que los sucesos siguieran su curso, y en St. James, donde había establecido su cuartel general, recibía las visitas de representantes de todos los partidos, oía sus proposiciones, y contestaba en su estilo conciso y sin comprometerse, quedando libre para el porvenir. Los realistas que le rodeaban y los agentes de Carlos II, no sabían aun si podían confiar en él, pues varias veces se había declarado contrario a que se volviera a llamar a los Estuardos, y había impedido por la fuerza el que los Lorens de 1648 se reuniesen en la Cámara de los Pares, como habían pretendido hacerlo al ver el regreso de los presbiterianos. Su temperamento y el cálculo le inclinaban a no precipitar nada, pues cuanto más tiempo se tomase para inutilizar los elementos contrarios del ejército, más seguro podía estar de atreverse a cualquier cosa, hallándose al frente de una fuerza que le obedeciera ciega y pronto. Y cuanto más tardaba en tomar su resolución, tanto más altas debían ser sus miras. Pero si aquel hombre tan difícil de penetrar, no había trabajado conscientemente desde muy atrás en la restauración de la monarquía, a lo menos pronto hizo comprender sin ninguna clase de dudas al Estuardo desterrado, que podía contar con él. Tres días después de la disolución del Parlamento largo tuvo en su casa a uno de sus parientes del condado de Devon, emisario de Carlos II, llamado John Greenwille, que hacía mucho tiempo deseaba entregarle una carta del rey. Monk no dió contestación alguna por escrito, pero aconsejó al rey que diera una amnistía general, exceptuando de ella a muy contadas personas; que dejara subsistente la tolerancia; que reconociera la venta de los bienes confiscados; que saliera del territorio español, pues que Inglaterra y España estaban en guerra, y esperase en Holanda el curso de los sucesos. Estas concesiones parecieron suficientes a la mayoría, y así lo expresó la City al Consejo de Estado. Y aunque lord Manchester, Northumberland, Bedford, Denzil, Holles y otros políticos exigían algo más, no encontraron eco en la opinión pública.

Esta pedía cada vez con mayor instancia el regreso de los reyes legítimos, y que se restableciera la antigua monarquía. La república había sido solo un medio artificial creado por la necesidad, pero no había echado raíces en la antigua Inglaterra. Había prometido a los ingleses una disminución de los gastos y los había aumentado continuamente; había creado un ejército permanente que había contribuido muchas veces a derribar el poder civil; en su nombre se habían cometido violencias que dejaban muy atrás a las cometidas por Carlos I; y entre sus campeones se habían contado fanáticos cuyo celo exagerado nada tenía que envidiar al de Guillermo Laud. Mientras un genio de grandes recursos como el de Oliverio Cromwell estuvo encargado del sostenimiento del orden en el interior, y de hacer respetar el honor nacional en el exterior, pudieron engañarse muchos y creer que el

régimen que había creado la revolución sería duradero. Con su muerte empezó la anarquía, que aumentó progresivamente, creando muchos partidarios a la restauración. Inútilmente tomó Milton, ciego ya, la defensa de la «antigua buena causa,» y trató de demostrar a sus conciudadanos las ventajas grandes del gobierno republicano sobre el monárquico; inútilmente les dijo estas proféticas palabras: «Quizá tendremos que combatir de nuevo por lo que ya hemos combatido; quizás deberemos hacer los sacrificios que ya hemos hecho una vez.»

La voz del inmortal poeta no fué oída y una tentativa de insurrección dirigida por Lambert, que se había escapado de la Torre, no dió resultado alguno. Los adversarios de la monarquía no estaban seguros de ataques materiales en las calles de Londres y los conventículos de noticias fueron disueltos a la fuerza por el pueblo. Las elecciones para el Parlamento excluyeron a casi todos los hombres de opiniones republicanas é independientes, no habiéndose sujetado nadie a las restricciones prescritas. La Cámara de los Comunes tuvo un carácter presbiteriano-realista, y el mismo día, el 25 de abril, se reunió la Cámara de los Lores que se hallaba dominada por un espíritu semejante.

La pequeña corte de Carlos II había seguido con ansiedad, en Bruselas, el curso de los sucesos, recibiendo exposiciones de Inglaterra, Escocia é Irlanda, en que se hacían declaraciones de arrepentimiento y de sumisión al rey y a sus consejeros. Uno tras otro deseaban abandonar a tiempo las ruinas de la república. El almirante Montague puso su escuadra a disposición de Carlos II; Lenthall, el presidente del Parlamento largo, envióle sus consejos y Thurloe hizo saber que estaba pronto a servirle. No podía dudarse de Monk y este podía responder no solo de Inglaterra sino de Escocia y de Irlanda. Por su consejo trasladóse la corte de los Países Bajos españoles a Breda, en donde el ligero y joven rey se vió pronto rodeado de una multitud de fieles caballeros. En Breda (14 de abril) fechó la declaración en que se concedían las garantías pedidas: amnistía, tolerancia, aprobación de las negociaciones entabladas, pero todo ello sujeto a la resolución del Parlamento. La declaración fué entregada a Greenwille aun antes de que Carlos II llegara a Breda, y junto con la declaración iban cartas reales a ambas Cámaras, a los magistrados de la City, a los almirantes y a Monk para que las comunicaran al Consejo de Estado y a los oficiales. Al mismo tiempo, y en un escrito particular, se aseguraba Monk el cargo de capitán general de las fuerzas reales.

Cuando Greenwille se presentó el 18 de abril en el Consejo de Estado y entregó a Monk el escrito oficial del rey, hizo este el sorprendido y el Consejo de Estado decidió no abrir el documento sin permiso de la Asamblea. Greenwille hubiera sido reducido a prisión si Monk no hubiese respondido de él. Era una comedia cuyo desenlace podía prever todo el mundo. El día 1.º de mayo presentóse a las dos Cámaras el escrito del rey junto con la declaración de Breda; en pocas horas supo la ciudad lo que había sucedido y el país lo conoció en pocos días. El entusiasmo del pueblo no conoció límites, hubo luminarias, se tocaron las campanas y el pueblo bebió en las calles a la salud del rey.

Ambas Cámaras declararon que «según las antiguas leyes fundamentales del reino, el gobierno se componía de Rey, Lores y Comunes;» decidieron invitar al legítimo soberano a que regresara y se deshicieron en respetuosas manifestaciones de su lealtad, en cuyas manifestaciones les secundaron las corporaciones de la ciudad. Los presbiterianos trataron

de proteger los actos más importantes del Parlamento largo del peligro de una reacción y poner en forma de ley las promesas generales de la declaración de Breda; pero los caballeros y Monk supieron estorbar aquel propósito, no terminándose ninguno de los bills que antes del regreso del rey debían resolver las cuestiones políticas y religiosas. Los regicidas, pudieron prever ya, ante los violentos ataques de que eran víctimas, la suerte que les esperaba a pesar de la promesa real de amnistía.

El deseo ardiente de ver cuanto antes al rey en Londres venció todas las precauciones de la prudencia. Carlos II recibió en el Haya las diputaciones del Parlamento, de la City y del clero, y todo estaba preparado para recibirle solemnemente, desde el nuevo trono y el nuevo cetro hasta el lecho dorado en que debía descansar S. M. en el palacio de sus mayores, después de vagar errante en el destierro. Durante algunos días continuó siendo huésped de los Estados generales; después dirigióse con sus hermanos y su brillante acompañamiento a Scheveningen donde estaba anclada la escuadra inglesa. Acompañado de las salvas de los cañones entró en el buque que cambió su nombre de «Naseby» por el de «Carlos.» El día 25 de mayo desembarcó en Dover y cuatro días después hizo su entrada en la capital con incommensurable alegría del pueblo. «Es solo culpa mía, dijo irónicamente, que no haya regresado antes, pues que todo el mundo me asegura que estaba deseoso de mi regreso.»

La revolución había terminado, pero su historia no fué perdida ni para Inglaterra ni para la humanidad. En aquella nación, que tanto debía a su aislamiento insular, se había puesto a tiempo un límite a las tendencias de la monarquía absoluta, que por el contrario se consolidaba casi en todas partes en el continente. Es verdad que la familia de los Estuardos siguió de nuevo aquella tendencia, olvidando la enseñanza de lo pasado, y se hizo vasalla de un déspota extranjero para matar la libertad de su pueblo; pero la primera revolución había dejado preparado el camino para la segunda y creado órganos de resistencia contra los cuales debía estrellarse la fuerza del absolutismo. Reconocióse el dominio del Parlamento y se aseguró la transformación de los antiguos estados ó brazos en la moderna Constitución. En un principio también hubo reacción contra la tendencia religiosa de la revolución, y el puritanismo convirtiéndose de vencedor en perseguido. La constitución de la Iglesia que había creado fué deshecha y se rompió el yugo que había impuesto a la vida de algunos. Creóse una nueva raza para la cual los ideales del puritanismo eran motivo de burla y que trataban de vengarse por medio de la mayor licencia de la sujeción que habían sufrido largo tiempo. Sin embargo, muchos de los principios del puritanismo quedaron como fuerzas permanentes que continuaron haciendo su efecto, habiéndose convertido en elemento indestructible del carácter del pueblo; principios que purificados y despojados de preocupaciones encontraron aceptación en otros países. Las cuestiones de la tolerancia y de las relaciones de la Iglesia con el Estado, que tanto habían ocupado a los campeones del puritanismo bajo el régimen de los independientes, no podían desaparecer del dominio público, sino que en distinta forma se extendieron por ambos mundos buscando poco a poco una solución. Y si las rimas satíricas de Butler y las estrofas frívolas de Rochester, a pesar de ser curiosidades literarias, tuvieron un destino miserable, las eternas verdades que escribió Milton forman parte de la gran herencia espiritual que entrega una generación a otra.

## LA EPOCA DE LUIS XIV

POR MARTIN PHILIPPSON

CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE BRUSELAS

### LIBRO PRIMERO

PRINCIPIOS DEL REINADO DEL GRAN REY

#### CAPITULO PRIMERO

LA MONARQUIA FRANCESA DESDE ENRIQUE IV HASTA LUIS XIV.

Los sucesos que forman la historia de las naciones no se suceden con la consecuencia y lógica rigurosas de las obras dramáticas. Las fuerzas opuestas que producen los sucesos, en constante lucha entre sí, desvían la marcha de las naciones y a menudo parecen volverlas a su punto de partida. Francia no forma excepción de esta regla; no ha recorrido de una manera continua la distancia que hay desde el caos de los primeros tiempos de la Edad Media hasta llegar a ser el Estado más rigurosamente unificado y centralizador, cualidades a las cuales se debió que pudiese concentrar las fuerzas de la nación entera en un haz compacto é imponerse intelectual y materialmente durante más de dos siglos a toda la Europa. Tres prolongadísimas luchas tuvo que sostener la monarquía francesa, representante de la unidad nacional, contra las fuerzas centrífugas, que apenas dominadas volvían a rehacerse. Los aristócratas ó sean los grandes feudatarios que vivían y gobernaban en las provincias casi como soberanos independientes, fueron aniquilados por Luis VI, San Luis y Felipe el Hermoso; pero en su lugar formóse de la misma familia real una alta nobleza nueva; los príncipes de la casa real se consideraban iguales al rey, y los distritos que se les había designado como dote eran en su concepto desde entonces Estados independientes, hasta que las sabias disposiciones de Carlos VII, la tenacidad, astucia y desapiadada seguridad de Luis XI acabaron con el orgullo é insolencia de estos encumbrados vasallos, y abrieron a principios del siglo xv una época esplendorosa para la Francia, algo semejante a la de Luis XIV, con la añadidura de un lustre romántico caballeresco, basado en el desarrollo robusto del espíritu individual no asfixiado todavía por la monotonía de la centralización y el predominio absoluto de la capital sobre el resto del país. Mientras Francisco I y Enrique II luchaban con buen éxito contra los emperadores alemanes y la monarquía colosal española, surgió una brillante y numerosa pléyade de genios atrevidos, fecundos é independientes, de los cuales solo nombraremos a Clemente Marot, Francisco Rabelais, Pedro Ronsart, La Ramée, Juan Goujon y Pedro Lescot, que en el campo de la ciencia, de la literatura y de las artes, arrancaron a la caduca Italia la palma que se le

escapaba de las manos. Entonces, en la primera mitad del siglo xvi no parece perjudicar a la robustez de la monarquía cierta independencia de los municipios y provincias, que con su variedad natural constituía cabalmente un magnífico horizonte a la actividad de las inteligencias y de la civilización de Francia.

Esta brillante alborada fué súbitamente oscurecida por las luchas religiosas que empezaron en el año 1562 y desgarraron durante toda una generación el país con guerras interiores y con su triste séquito de matanzas, asesinatos é incendios. La reforma religiosa desde el primer momento que se presentó en la palestra obtuvo grandes ventajas; pero el espíritu francés le dió luego carácter político; muchos grandes del reino bajo esta bandera abrigaron sus pretensiones, exigencias é intrigas egoístas; de suerte que la Reforma pareció al pueblo en general como una facción rebelde, enemiga de las leyes y del derecho existentes, destructora de un presente y un porvenir felices y gloriosos. Este cambio en la opinión pública quitó a la Reforma los medios de comunicar a la Francia su principio vivificador, y la circunscribió al papel de partido hostil y funesto a la causa nacional.

Para dominar la situación se vió obligada la monarquía a hacer tan grandes sacrificios y concesiones, que quedó poco menos que reducida a la impotencia. En tan larga y sañuda guerra luchaba contra el gobierno una gran parte de la mas alta aristocracia con todo el furor y odio que inspiran las pasiones religiosas; y tanto para ganar a estos enemigos como para recompensar a los amigos, hubo de ceder el rey a unos y otros opulentas ciudades, fortalezas y hasta provincias. Los así favorecidos, engeñados al verse tan temidos y halagados, no se consideraban como dependientes y funcionarios del rey en las ciudades y provincias cuyo gobierno se les había confiado, sino como propietarios absolutos, independientes y hereditarios de ellas. Así nació una nueva, ó sea la tercera época feudal. Cada uno de estos magnates gobernaba en su territorio a su capricho, nombrando los funcionarios públicos, construyendo plazas fuertes y haciendo levallas por su cuenta, burlándose del rey y de su gobierno, al cual solía hacer la guerra poniéndose a la cabeza de cualquier partido descontento de los que en aquellos tiempos turbulentos nunca faltaban, cuando se trataba de hacerles entrar en razón.

El país estaba otra vez expuesto y a punto de desmembrarse cuando lo salvó una reacción saludable que poco a